

# *Ariel exasperado: avatares de la Reforma Universitaria en la década del veinte*

Liliana Cattáneo, Fernando Diego Rodríguez

Universidad de Buenos Aires

## **Introducción**

La Reforma Universitaria, sus dramas, sus actores, los cientos de lazos, ostensibles unos y sutiles otros, que la ligan a la historia de nuestro continente han venido siendo estudiados desde el momento mismo de su realización, por sus propios actores<sup>1</sup> y, en el pasado reciente, por una considerable cantidad de historiadores.<sup>2</sup>

Un horizonte tanto o más vasto que el de su proyección espacial americana lo constituye el despliegue inorgánico y desordenado del original puñado de ideas con que los reformistas de Córdoba, Buenos Aires y La Plata vinieron a proclamar la constitución de un nuevo sujeto político colectivo: la juventud, agente privilegiado del cambio social.

Tan numerosas y dispersas eran las fuentes donde estos jóvenes fueron en busca de su primer arsenal de ideas, como complejos y originales los desarrollos que fueron dando al postulado inicial que los guió: la reforma de las aulas debía proyectarse por fuera de las universidades y alcanzar a sus sociedades.

<sup>1</sup> Entre los títulos que conforman una larga lista bibliográfica podemos destacar los siguientes: Juan B. Terán, *Una nueva universidad*, Tucumán, 1918; José Ingenieros, *La Universidad del porvenir*, Buenos Aires, Ateneo, 1920; Julio González, *La Revolución Universitaria*, Buenos Aires, Nosotros, 1922; Carlos Cossio, *La Reforma Universitaria*, Buenos Aires, 1923; Alfredo Palacios, *La Universidad nueva*, Buenos Aires, 1925; Héctor Ripa Alberdi, *Obras*, La Plata, 1925; Héctor Raurich, *La doctrina de las generaciones*, Buenos Aires, 1926; Deodoro Roca, *La Reforma Universitaria*, Buenos Aires, 1926; Carlos Sánchez Viamonte, *Del taller universitario*, La Plata, Sagitario, 1926; Julio Barcos, *Cómo educa el Estado a tu hijo*, Buenos Aires, 1927; Carlos Cossio, *La Reforma Universitaria o el problema de la nueva generación*, Buenos Aires, Facultad de Derecho, 1927; Julio González, *La Reforma Universitaria*, Buenos Aires, Sagitario, 1927; Gabriel Del Mazo, *La Reforma Universitaria*, Buenos Aires, 1916-1927; Rafael Bielsa, *Régimen y cuestiones universitarias*, Buenos Aires, Facultad de Derecho, 1928; Alfredo Palacios, *Universidad y Democracia*, Buenos Aires, Claridad, 1928; Carlos Sánchez Viamonte, *La cultura frente a la Universidad*, Buenos Aires, Samet, 1928.

<sup>2</sup> Tulio Halperin Donghi, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1962; Alberto Ciria, y Horacio Sanguinetti, *Los Reformistas*, Buenos Aires, J. Álvarez, 1968; Walter Richard, "The intellectual background of the 1918 university reform in Argentina", en *Hispanic American Historical Review*, 49-2, 1969; Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina*, México, Siglo XXI, 1978; Dardo Cúneo, *La Reforma Universitaria 1918-1939*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980; María Calderari y Patricia Funes, *Escenas reformistas. La Reforma Universitaria 1918-1930*, Buenos Aires, Eudeba, 1998; Néstor Kohan, *Deodoro Roca, el hereje*, Buenos Aires, Biblos, 1999.

Desde La Plata a Lima y desde México a Buenos Aires esta idea original, tan vigorosa como vaga, fue mutando en formas y contenidos asociados ahora a experiencias concretas de acción pública: las más directas vinculadas a la suerte de la Revolución Mexicana y del APRA peruano y otras, vividas como propias pero ejecutadas por protagonistas mediatos, la Revolución Rusa y el mundo desgarrado de la posguerra europea.

Este trabajo buscará poner en relieve una cuestión y un período que consideramos crucial en la vida del movimiento reformista. En el lapso que media entre 1925 y 1929, momento de reflexión y balance luego de diez años de avances y retrocesos, la Reforma Universitaria parece haber alcanzado un límite inexorable: aquel donde, parcialmente resueltas las cuestiones más específicamente académicas del movimiento, se plantea con crudeza su continuidad como motor eficaz del cambio político y social y el *joven universitario*, actor consagrado por los iniciadores de la gesta, comienza a ser cuestionado como el agente central de tal cambio.

La sensación generalizada de agotamiento del primitivo movimiento del 18 recorre todos sus escenarios latinoamericanos. Aquí, sin embargo, enfocaremos nuestra mirada sobre los grupos reformistas de Buenos Aires y La Plata, aunque, necesariamente, por la intensidad de los vínculos establecidos, esta polémica sobre la efectividad de la lucha política encarada por el reformismo estudiantil, nos coloque en un permanente diálogo con aquel otro centro de expansión del movimiento: la Lima de Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui.

Sabido es que el *élan americanista* de la reforma abreva directamente en el espiritualismo en boga en vastos sectores intelectuales desde comienzos del siglo. Aun reconociendo otras influencias, una línea directa parece trazarse entre algunas de las ideas contenidas y las formas estéticas elegidas por Deodoro Roca en el Manifiesto Liminar de 1918, con el ilustre antecedente del *Ariel* de José Enrique Rodó (1900). Una lista no exhaustiva podría anotar como notas comunes el juvenilismo la creencia en la aristocracia del pensamiento, el espiritualismo y la permanente dualidad entre el rechazo de las tutorías intelectuales y el derecho de los jóvenes a consagrar a sus nuevos *maestros*. Pero, una filiación no aclara una historia. La simple constatación de aquellas similitudes no alcanza a explicar por qué, transitadas las experiencias de una década de acción, una porción considerable del movimiento reformista argentino, al reclamarse políticamente madura, insistirá en hacer de la Reforma un partido de élites universitarias para la conducción del proceso de transformación de la sociedad.

En las palabras finales del *Ariel*, puede estar grabada la matriz de las ideas a las que, después de más de veinte años, un grupo importante del Reformismo Argentino todavía parece ligarse cuando piensa su relación con el pueblo:

Mientras la muchedumbre pasa, yo observo que, aunque ella no mira el cielo, el cielo la mira. Sobre su masa indiferente y oscura, como tierra del surco, algo desciende de lo alto. La vibración de las estrellas se parece al movimiento de unas manos de sembrador.<sup>3</sup>

### **Una instantánea reformista**

Como hemos señalado, el primer capital de ideas de la Reforma está fundado en muchos aspectos en el *élan* latinoamericanista ligado a la tradición arielista de los intelectuales del 900.

<sup>3</sup> José Enrique Rodó, *Ariel*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976, p. 56.

Sin embargo, estos primeros ideales irán mutando en diferentes direcciones. Una de las primeras expresiones de aquel vago americanismo se encuentra en el discurso con el que Deodoro Roca cierra las sesiones del Primer Congreso Nacional de Estudiantes reunido en Córdoba en julio de 1918.<sup>4</sup>

Andamos entonces, por la tierra de América, sin vivir en ella. Las nuevas generaciones empiezan a vivir en América, a preocuparse por nuestros problemas, a interesarse por el conocimiento menudo de todas las fuerzas que nos agitan y nos limitan.<sup>5</sup>

En el mismo discurso es posible escuchar las notas más altas del elitismo del movimiento estudiantil que pretende convertirse en guía de la Nación:

Por vuestros pensamientos pasa, silencioso casi, el porvenir de la civilización del país. Nada menos que eso, está en vuestras manos, amigos míos. En primer término, el soplo democrático bien entendido [...] En segundo lugar, la necesidad de ponerse en contacto con el dolor y la ignorancia del pueblo, ya sea abriéndole las puertas de la universidad o desbordándola sobre él. Así, el espíritu de la Nación lo hará el espíritu de la Universidad.<sup>6</sup>

Roca cierra su mensaje apelando a los paradigmas clásicos, tan caros al primer reformismo, y avizorando un futuro en el que “acaso todas las ciudades [...] sean universitarias”.

Simultáneamente, la reacción conservadora encarnada por la curia cordobesa destaca el otro costado –para ellos– peligrosamente latente en las luchas del '18. Así, el obispo Zenón Bustos y Ferreyra advierte en una pastoral la amenaza de desborde del conflicto universitario a un campo social más vasto:

[...] se echaron a la calle con la revolución. Llamaron e incorporaron a sus filas a niños y obreros y a toda clase de personas, de las que nada saben de libros, de estudios, de títulos académicos, ni de ciencias y quizá no sabían que existiera en Córdoba la Universidad ni conocían su destino.<sup>7</sup>

En los meses de junio y julio de 1918, los reformistas incorporan, difusamente, a su plataforma programática los tópicos del anticlericalismo, el americanismo, la participación estudiantil y el solidarismo social, a los que luego vendrán a sumarse el antimilitarismo y el antimperialismo.

Aun cuando el solidarismo social inicial no disimulaba una actitud genéricamente filantrópica hacia las “clases sociales secundarias” a cuya elevación la Universidad debía contribuir, la puesta en escena de esta temática revelaba lo que pronto sería un núcleo central en los debates hacia el interior del movimiento. Las respuestas a este desafío dibujaron en los años posteriores un amplio abanico de propuestas y posiciones de militancia: desde la exclaustación por la vía de la “extensión universitaria” y de la gratuidad de la enseñanza hasta la constitución de los jóvenes en grupos orgánicos y activos para producir el cambio en la sociedad.

<sup>4</sup> En Néstor Kohan, *op. cit.*, pp. 85-86.

<sup>5</sup> Deodoro Roca, “La Nueva Generación Americana”, en FUBA, *La Reforma Universitaria, 1918-1958*, Buenos Aires, 1959, p. 36.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 38.

<sup>7</sup> En Portantiero, *op. cit.*, pp. 46-47.

Desde Córdoba y con sorprendente rapidez, la reforma se extendió, primero por la Argentina y luego por América Latina. En La Plata con mayor virulencia, en Buenos Aires bajo la conducción del rector Uballes y en Santa Fe y Tucumán mediante el eficaz instrumento de la nacionalización, las universidades argentinas adoptaron en el lapso de tres años los principales postulados del canon reformista. Pero la historia, claro está, no se detendrá aquí. Será precisamente su expansión americana la que consolidará a la Reforma como un movimiento político-social a la vez que complejizará sus postulados iniciales. Este viaje de ida y vuelta de la onda reformista enfrentará a sus primeros actores, los estudiantes argentinos, con una nueva dimensión, apenas entrevista en los primeros pasos del movimiento.

## **El tránsito americano**

Las noticias sobre el movimiento cordobés se difundieron rápidamente en el ambiente estudiantil limeño, creando una situación de agitación a la que no fue ajena la presencia de Alfredo Palacios en la Universidad de San Marcos.<sup>8</sup> Un año después de los sucesos de Córdoba, la Reforma ya estaba instalada en el Perú; allí, sin embargo, recorrerá un camino más radicalizado que el que siguió en la Argentina.

La problemática relación entre la Reforma Universitaria y la reforma social –punto central de futuras divergencias– aparecía anunciada, en forma incipiente, en el Congreso que el presidente de la Federación de Estudiantes Peruana, Raúl Haya de la Torre, convocó en 1920 para unificar y expandir el movimiento reformista. Los estudiantes, sin embargo, comenzaban a plantearse la necesidad de otorgar un marco social a sus reivindicaciones estrictamente universitarias.

La fundación de las Universidades Populares en 1921, asentada en la idea de solidaridad obrero-estudiantil, se constituía en uno de los logros más resonantes que el reformismo peruano podría presentar en los años siguientes. Bajo el lema “la universidad popular no tiene otro dogma que la justicia social”, comenzó a discutirse el funcionamiento de la nueva universidad que alternaría el dictado de las clases entre Lima y el suburbio obrero de Vítarte.

Junto a esas actividades, comenzó lentamente a renovarse la biblioteca de la Universidad de San Marcos, contando ahora con una sección denominada “Ideas contemporáneas”. Ése sería el lugar aconsejado para que los estudiantes pudieran consultar trabajos de Lenin, Trotsky, Marx, Engels, Spengler, Freud, Einstein y Croce, entre otros. Estas lecturas convivirían en los años siguientes con las imágenes forjadas por el ya clásico de Scott Nearing y Joseph Freeman *La diplomacia del dólar*, y los escritos de González Prada, José Vasconcelos, Alfredo Palacios, Manuel Ugarte y José Ingenieros.

Cuando en 1921 se reúne en México el Congreso Internacional de Estudiantes, el movimiento reformista reafirma su carácter continental, aspirando además a una proyección ecuménica. Ese mismo congreso colabora en la difusión de los rasgos que el reformismo recién comenzaba a adquirir en el Perú. La represión de la movilización de estudiantes y obreros peruanos, en 1923, y la posterior deportación de los dirigentes estudiantiles reforzaron esa ima-

<sup>8</sup> Véase el relato que realiza Enrique Cornejo Koster, en 1926; publicado en Gabriel del Mazo, *La Reforma Universitaria*, Buenos Aires, 1926-1927.

gen, acentuando la radicalización del reformismo estudiantil limeño. En el espacio, fuertemente conectado que, a comienzos de los años veinte, compartían el mundo de los estudiantes, el de la política y el de las letras, Haya de la Torre –aún poco conocido fuera del ámbito universitario en su país– se convertía en México en el representante del destierro reformista. El apoyo de Gabriela Mistral y de José Vasconcelos facilitaba el camino.<sup>9</sup> Los contactos establecidos en los primeros años reformistas, a la vez, comenzaban a generar redes y circuitos para exiliados estudiantiles en ciudades universitarias, como La Plata, México, Buenos Aires, Santiago y La Habana, y marcaba un destino, mitad americano, mitad europeo, para sus principales dirigentes. Bohemia y vanguardia en París y Londres, clubes marxistas en Oxford, cafés compartidos con Romain Rolland y Henry Barbusse, la posibilidad de conocer la experiencia soviética y de participar en los debates que estaban teniendo lugar, contribuyeron a elevar aún más la ya alta autoestima de los jóvenes dirigentes y a desmitificar a los viejos maestros americanos, aunque esto muchas veces convenía no decirlo.

### Ser joven y antimperialista

El reformismo estudiantil continua así cambiando sus ropajes, y declarándose, no obstante, fiel a sí mismo. Lo lábil de sus banderas iniciales y la aceptación de que las ideas y las prácticas políticas necesitaban adecuarse a un mundo impactado por los acontecimientos recientes, permitían sostener esa continuidad. No resulta extraño, entonces, que a mediados de los años veinte, el antimperialismo comenzara a entremezclarse, de manera más vigorosa que en un comienzo, con el reformismo. Contribuyó a ello la impactante campaña de difusión orquestada a partir de 1924 para difundir los objetivos de la Alianza Popular Revolucionaria Americana,<sup>10</sup> en forma coincidente con la creación de la Liga antimperialista de México y de la Unión Latinoamericana de Buenos Aires.

Si bien el antimperialismo parecía constituir un suelo común compartido, aunque no resuelto, el abordaje de la cuestión social hacia el interior de cada una de las realidades nacionales planteó desde los comienzos diferencias que se agudizarán al calor de las disputas entre la Internacional Comunista y el aprismo a partir de 1927. La enunciada pero no bien definida relación entre Reforma Universitaria y Reforma Social constituye uno de los escenarios donde se desplegarán los discursos sobre el lugar asignado a intelectuales –categoría, en este caso, asimilada a la de *jóvenes* intelectuales– y proletarios en el proceso revolucionario.

<sup>9</sup> No sólo colaboró con Vasconcelos en la Secretaría de Educación Pública, sino que además lo acompañó en una visita oficial a la Universidad de Texas. Desde allí, en compañía de intelectuales mexicanos y norteamericanos emprendió su viaje a Rusia y luego a Francia, Inglaterra y Alemania. La estancia europea le permitió estudiar en Oxford e iniciar los contactos con el Partido Laborista y el grupo Clarté. Las crónicas de sus viajes por los Estados Unidos y Europa fueron compiladas en *Impresiones de la Inglaterra imperialista y la Rusia Soviética*, publicado en Buenos Aires, en 1932, por la editorial Claridad.

<sup>10</sup> El comienzo de la atención prestada a la APRA puede seguirse en las revistas fundadas al calor de la Reforma y en aquellas que, como *Claridad*, autoinstaladas en la Izquierda, lograron una amplia difusión latinoamericana. En 1926, *Claridad* publica la traducción de un artículo de Haya de la Torre, “Qué es el Apra”, aparecido en *The Labour Monthly*, incorporando el siguiente mensaje: “¡Latino americano! Adhiérase al gran movimiento que representa la A.P.R.A. Únase a las filas del gran partido anti imperialista latino americano que va a luchar por la libertad de nuestros pueblos. ¡América Latina está ya en la segunda guerra de la independencia! ¡Las banderas de la A.P.R.A. son las banderas de la lucha de la nueva generación contra el terrible conquistador”. Cf. *Claridad*, No. 215.

Es necesario señalar en este punto que las situaciones particulares que, en cada país, vivió la reforma, marcaron a su vez diferencias en su proceso de politización. Mientras que en el Perú y en Cuba, la represión impulsó a sus dirigentes por un camino de rápida radicalización, en la Argentina, el movimiento reformista coincidió con el proceso democratizador abierto por el yrigoyenismo. Por ello, la asunción por parte de la dirigencia local de postulados antimperialistas y revolucionarios tiene un punto de anclaje fuerte en las experiencias vividas por los movimientos estudiantiles de Lima y La Habana.

## La política de la nueva generación

Regresados del Congreso Internacional de México de 1921 a sus respectivos países de origen, los reformistas comenzaron a volcar en sus ciudades la nueva “fe americanista”. En 1924, Pedro Henríquez Ureña, al sumarse al póstumo homenaje a uno de aquellos jóvenes, Héctor Ripa Alberdi, describía emocionado el ambiente que se estaba gestando al calor de las nuevas redes de jóvenes intelectuales:

Y a su patria volvió con sus compañeros para comunicar a todos la fe en el México nuevo. Cuando en 1922 visitamos la ciudad universitaria de La Plata, encontramos el “ambiente mexicano” creado por ellos: no sólo los versos de los poetas mexicanos, sino las estampas de edificios coloniales, las canciones del pueblo, repetidas por la juventud, el entusiasmo por las “ideas mexicanas” [...].<sup>11</sup>

A este ambiente “mexicano” se agregaría, producto de la diáspora provocada por la represión del gobierno de Leguía, el clima “peruano”, que daría a La Plata su nota más distintiva.

Estos jóvenes peruanos, adherentes en su mayoría al naciente APRA, se vinculan allí con los grupos reformistas ligados a las revistas *Sagitario* y *Valoraciones*, como en Buenos Aires lo harán con *Claridad*, *Inicial* y *Renovación*.

En estos laboratorios de la militancia moderna que constituyeron las editoriales y revistas juveniles de los años veinte, los exilados latinoamericanos compartirán sus experiencias político-culturales con quienes todavía confiaban en que la República Estudiantil era el núcleo de la Reforma Social. Entre los argentinos que sostenían por entonces esta posición con más fervor se contaban Julio V. González y en cierta medida Carlos Sánchez Viamonte, ambos ligados estrechamente a la revista platense *Sagitario* dirigida por Carlos Américo Amaya.

¿Cuáles eran las cuestiones políticas que por entonces proponían al debate estos dirigentes del reformismo local, participantes de un espacio que se autotitulaba de “centro-izquierda” y que todavía conservaban parte de la impronta espiritualista del '18?<sup>12</sup>

El primer número de *Sagitario*, revista surgida de las entrañas del grupo que acompaña a Alejandro Korn y que publica por entonces la revista *Valoraciones*, se abre con un editorial

<sup>11</sup> Pedro Henríquez Ureña, “Poeta y Luchador”, en *Valoraciones*, No. 2, pp. 95-96.

<sup>12</sup> En 1924, Mariano Calvento y Héctor Raurich, provenientes del primer grupo Insurrexit, fundan el Partido Reformista Centro Izquierda, en el que militarán, entre otros, Isidro Odena, Eduardo Howard y Alberto May Zubiría. Con esta agrupación simpatizará en sus años de estudiante Arturo Jauretche. La sola mención de algunos nombres sugiere que esta agrupación contaba en sus filas con hombres provenientes de un arco ideológico amplio.

(que suponemos de la autoría de J. V. González), titulado “Las Flechas del Cárcax”. Su lectura nos introduce en los debates acerca de la relación entre reforma y política cuando ya el movimiento cumplía siete años.

La generación anterior se entregó al amor de la cultura, al perfeccionamiento individual, a la ciencia en todos sus órdenes, como directa consagración del espíritu [...] El amor a la cultura individual impidió que la solidaridad social se crease en los jóvenes pueblos de Latinoamérica e hiciera poco menos que imperceptible el valor de la época como generación.

En cambio, el hombre de la nueva generación, nace en la solidaridad dentro de su pueblo y ante la reaparición o el nacimiento de ideas supremas que se ponen en marcha para reeditar la comunidad universal. Por esto es que su primer impulso tiende a consagrar la cultura a la vida y no la vida a la cultura [...].

En nuestra América, el gran movimiento de reconstrucción se ha localizado en la Universidad. En 1918 y subsiguientes, la juventud de las aulas, conmovida hasta en su más recóndita fibra por el cataclismo mundial y la revolución rusa, se enroló en la campaña de la Reforma Universitaria. Portadora de un vigoroso germen de renovación social y cultural, está preparando los centros donde se elabora el pensamiento de la comunidad para plasmar la nueva ideología que infiltrará en la conciencia colectiva.<sup>13</sup>

Sin dudas, este editorial continúa la línea de petulante confianza que los hombres de la reforma tenían en las propias fuerzas de su “nueva” generación para dictar desde el privilegiado ámbito áulico las líneas de construcción de una humanidad reformada. El orteguismo no disimulado y el sentido de misión que desean imprimir a todos sus actos comienzan sin embargo a disonar con otras voces que desde el ámbito de la izquierda también reclaman una revisión de lo actuado hasta entonces.

Así, Hurtado de Mendoza, ex militante de Insurrexit, desarrolla desde las páginas de *Nosotros* su balance de aquel período, aunque en un sentido inverso, polemizando directamente con Julio V. González. Las diferencias argumentales e interpretativas bien pueden intuirse en la divergente resonancia entre los títulos que cada autor pensó para su artículo. Mientras el modernista editorializador de *Sagitario* nos llena ojos y oídos con unas homéricas “Flechas del Cárcax”, Hurtado amenaza catequizarnos con un muy explicativo: “Carácter económico y social de la Reforma Universitaria”.

El movimiento estudiantil comenzado en el dieciocho, aunque aparezca como fenómeno ideológico no es más que el resultado de los cambios producidos en la subestructura económica de la sociedad argentina en el último período de cincuenta años. Así considerada, fácilmente se explica la afinidad entre estudiantes y proletarios que tanto extrañan al consejero estudiantil Julio V. González; ambos luchan por interés económico y de clase, aunque con una diferencia fundamental: mientras los primeros no tienen conciencia de ello, los segundos la tienen y perfecta.<sup>14</sup>

Reinterpretando los orígenes de la reforma en clave clasista, frente a su caracterización como movimiento generacional, Hurtado se desliza rápidamente hacia el tópico del antintelectualismo, caro al pensamiento comunista de entreguerras:

<sup>13</sup> *Sagitario*, No. 1, mayo-junio de 1925, pp. 5-9.

<sup>14</sup> *Ibid.*

Por eso afirmamos la necesidad absoluta, para poder triunfar, de que el estudiante y el profesional reformista abandonen su calidad de “intelectuales”, intentona de aburguesamiento, para tomar lo que en realidad les corresponde: la del proletario. Sólo así la Reforma será verdad y su valor inmenso.<sup>15</sup>

Más allá de la justeza de varias de las críticas de Hurtado a las difusas interpretaciones de la reforma que realizan hombres como J. V. González, la preocupación por hacer avanzar al movimiento en un sentido político y social más preciso no estaba ausente en el grupo al que éste último representaba.

En octubre de 1926, *Sagitario* publica un editorial titulado, precisamente, *Política*. Allí comienzan a desestabilizarse los supuestos arielistas que durante tantos años acompañaron las reflexiones sobre la reforma. El tono que adquiere la interpretación es ahora más cercano a ese otro entramado de ideas que supone el aprismo, que ya lleva dos años de intensa práctica política en América:

La Nueva Generación se ha formado en disciplinas mentales de carácter netamente revolucionario. Su ideario acusa una marcada tendencia socialista. Su postura filosófica, tan ajena al positivismo de la generación del 80 como al tomismo que se pretende resucitar, niega rotundamente toda abstracción. [...] Cuando en circunstancias en que el movimiento amenazaba fracasar [...] apareció el proletariado ofreciendo espontáneamente su apoyo, la Reforma Universitaria se convirtió por la propia gravitación de los hechos en un movimiento social y socialista, e incorporó a su programa los postulados correspondientes.

Nuevas ideas, apelaciones al socialismo, pero siempre desde el prisma de la teoría de las generaciones. Por una parte, la experiencia reciente del APRA lucía exitosa; por la otra, en el terreno local, ni el yrigoyenismo ni el Partido Socialista se vislumbraban como salidas políticas revolucionarias. De allí que la pregunta y la respuesta que le sigue en el siguiente párrafo desemboque, aun con nuevas ideas, en la reafirmación de una nueva forma de hacer política, que sólo los jóvenes tenían posibilidad de construir:

¿Qué estamos haciendo ahora con este magnífico bagaje, con nuestro cumplido entrenamiento y nuestras bien templadas armas? [...] La Nueva Generación es hija de la acción. Nació de la Reforma Universitaria y tomó a esta gran cruzada continental como entrenamiento revolucionario, como disciplina beligerante para entrar organizada como una falange macedónica a recorrer el campo de la lucha política.

POLÍTICA; he aquí la nueva palabra que debe incorporar a su repertorio y colocar en primer plano la Nueva Generación [...] Aunque los partidos políticos existentes son malos y peor orientados; aunque acusen un bajo nivel intelectual y un estado más o menos manifiesto de corrupción y venalidad; aunque la política nacional esté regida por un crudo sensualismo del poder en vez de serlo por altos ideales, es menester no obstante, ir a ellos para procurar ponerlos al servicio de la ideología de la Nueva Generación [...] Si el parlamentarismo está en crisis como la propia democracia liberal, que lo toma por eje, el hombre nuevo debe utilizar al partido político para llegar hasta la banca del Parlamento a proclamar su muerte.<sup>16</sup>

<sup>15</sup> Ángel Mariano Hurtado de Mendoza, “Carácter económico y social de la Reforma Universitaria”, en *Nosotros*, octubre de 1925, citado en FUBA, *La Reforma Universitaria*, Buenos Aires, 1959, pp. 108-114.

<sup>16</sup> *Sagitario*, No. 7, octubre-noviembre de 1926, pp. 5-8.



Dos son los caminos posibles que parecen abrirse: o el internismo que dotase de un nuevo sentido a los partidos existentes o la creación de un partido propio. Julio V. González será quien, un año después, despliegue esta última alternativa en su famoso discurso ante los estudiantes reunidos en el Anfiteatro de la Facultad de Medicina. En ese tono profético, tan caro a la tradición reformista, así interpelaba a su público:

Entonces yo os digo: estáis viviendo desde hace diez años una verdad que vanamente os empeñáis en no ver. Hace diez años que estáis haciendo política; que a título de Reforma Universitaria os venís mezclando en la discusión de los negocios públicos [...].

Por donde quiera que se busque, ya veis como el movimiento reformista ha llamado a la Universidad a la vida. Bajad a la lucha política constituidos en Partido Reformista y la Universidad será libre y vuestra. Si de la Reforma Universitaria hacéis el gran Partido Nacional, habéis hecho a la vez de la Universidad la matriz de la nueva conciencia política de la Nación.<sup>17</sup>

Estos discursos dibujan una frontera: la exasperación de aquellos postulados iniciales que Rodó con su *Ariel* prestaría, sin saberlo, a los jóvenes del '18. Julio V. González aprovecha en 1927 el eco provocado por la expulsión de los consejeros estudiantiles de la agrupación Centro Izquierda de la Facultad de Derecho, luego del acto de repudio a las conferencias sobre Defensa Nacional que el Ejército dictó en esa casa en connivencia con el decanato, para intentar dar una salida a un movimiento que, por entonces, parecía agotarse en las conquistas estrictamente gremiales, más allá de una retórica cargada de motivos antimperialistas. El análisis de la propuesta de creación de un Partido Nacional Reformista no puede obviar al menos dos aspectos. En primer lugar es notoria la ausencia de comentarios críticos sobre la política nacional en las publicaciones que reunían a estos jóvenes. Tanto *Inicial*, como *Sagitario* y *Valoraciones*, a la par de mostrarse permanentemente alertas a los acontecimientos de política internacional y especialmente latinoamericana, exhiben, en cambio, un silencio sistemático frente a las cuestiones sociales y políticas locales. En segundo lugar, la proximidad de las elecciones presidenciales de 1928 y su posible repercusión en el frente estudiantil, presionan a los dirigentes reformistas en la búsqueda de una salida que permita mantenerlo cohesionado de cara a las solicitaciones de los partidos políticos nacionales. Julio V. González hizo entonces una apuesta tardía, y destinada al fracaso.

Mientras tanto, la izquierda comunista, por entonces más preocupada por la difusión que el aprismo está teniendo en la Argentina, especialmente dentro del movimiento estudiantil,<sup>18</sup> que por las propuestas de creación de un partido generacional, no elude la polémica. En marzo de 1928 la *Revista de Filosofía* recoge una conferencia pronunciada por Paulino González Alberdi con motivo de los diez años de la Reforma Universitaria. Allí, pese a rescatar algunos aspectos del reformismo, critica duramente al grupo dirigente filiado con lo que da en llamar *La Nueva Generación*.

<sup>17</sup> La *Revista de Filosofía* reprodujo el discurso en su número 5 (año III) de setiembre de 1927, pp. 468-474.

<sup>18</sup> Por entonces los círculos apristas, gestados por el exilio peruano, ganan terreno en las casas de estudios argentinas. En La Plata, Luis Heyssen, alto dirigente del APRA, es nombrado Presidente de la Federación Universitaria, lo que le permite utilizar este organismo estudiantil para propagandizar las ideas del movimiento creado por Haya de la Torre. Véase, por ejemplo el documento titulado "La Federación Universitaria de La Plata y La Liga de las Naciones", en *Revista de Filosofía*, No. 6, noviembre de 1927, pp. 477-478.

Pero los dirigentes del movimiento reformista, que han dado en llamarse “Nueva Generación Americana”, etc., pretenden hoy transformarse en directores del movimiento revolucionario americano, con peligro para el proletariado, que debe hacer su revolución y no ir a remolque de ningún movimiento pequeño burgués.

Haya de la Torre funda el Apra y entra ella a competir con los organismos políticos de clase del proletariado, con los partidos comunistas especialmente, a los que ataca en cuanta ocasión se les presenta [...] Julio V. González propicia aquí la formación de un partido nacional, dirigido por los jefes del movimiento de Reforma Universitaria. Y esto nos obliga a ir a un terreno de polémica al que no teníamos ningún deseo de llegar. Pero vayamos a él recordando la frase famosa de Marx: “La emancipación del proletariado obra será del proletariado mismo”.<sup>19</sup>

González Alberdi instala sin matices ni mediaciones la propuesta de Julio V. González en el marco general del avance del APRA, organización contra la cual el marxismo cominteriano ha entrado en una fase de enfrentamiento.<sup>20</sup> Éste es, creemos, el verdadero nudo de la discusión, no la estrategia puntual de un grupo de reformistas argentinos de convertirse en partido, sino la lucha por la captación de cuadros militantes universitarios para robustecer las organizaciones del comunismo latinoamericano. La práctica política en el campo de la Reforma Universitaria había ido creando una masa disponible de cuadros y una afinada estructura gremial que ahora es disputada desde los partidos políticos.

Un año más tarde, desde las páginas de la misma revista, Haya de la Torre replica a González Alberdi haciendo su defensa del APRA, y en general, del movimiento reformista al que todavía asigna un papel dentro del cuadro general del movimiento revolucionario americano. Ese papel es el de formar parte de un gran Frente de Trabajadores Manuales e Intelectuales contra el imperialismo.<sup>21</sup>

Más allá de nuestras fronteras, es *Amauta*, sugestivamente en los números que suceden a la muerte de José Carlos Mariátegui, la que da cabida a una nueva serie de artículos que vienen a criticar duramente la Reforma Universitaria y sus derivaciones políticas más inmediatas.

Ricardo Martínez de la Torre, el poeta peruano que dirige la revista de Mariátegui en los últimos tres números que siguen a la muerte de su fundador, es el encargado de trazar un largo –y en general negativo– balance del movimiento del '18. Aquí el autor repite y extrema los argumentos de González Alberdi contra el reformismo. En su opinión, la Reforma Universitaria en la Argentina no es ya más que una extensión del yrigoyenismo gobernante.

<sup>19</sup> P. González Alberdi, “La Reforma Universitaria”, en *Revista de Filosofía*, año XIV, No. 3, mayo de 1928, pp. 255-265.

<sup>20</sup> El problema de la hegemonía en el bloque que debía encarar la revolución constituía el punto central de discusión y, junto a él, el de la duración de la etapa de transición hacia otra plenamente socialista. Estos debates están teniendo lugar en momentos en que la III Internacional no sólo está virando de táctica desde una línea frentista hacia otra clasista, en 1928; sino que además recién ha realizado su “descubrimiento de América”. Conviene recordar, asimismo, que entre apristas y comunistas existía un patrimonio teórico compartido, en los años veinte. En las polémicas resultaba frecuente que ambos bandos apelaran a Marx, Engels o Lenin para descalificar al adversario. Sobre estos temas, por demás polémicos, pueden consultarse los trabajos de José Aricó, “El marxismo en América Latina”, en *Opciones*, No. 7, Santiago de Chile, septiembre-diciembre de 1985, y *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1980; Caballero, Manuel, *La Internacional Comunista y la Revolución Latinoamericana*, Caracas, Nueva Sociedad, 1987.

<sup>21</sup> Víctor R. Haya de la Torre, “En el XI aniversario de la Reforma”, en *Revista de Filosofía*, año XIV, No. 5 y 6, pp. 121-133.

La Reforma se nos presenta, como el vivo reflejo de la época convulsionada en que surge. Si en un principio las influencias estudiadas están más o menos en equilibrio, poco a poco el Partido Radical las supera abrumadoramente. Esto es bastante explicable. El juego de las fuerzas sociales dentro del país se prolonga en la Universidad, por cuanto las ideas no son sino la representación de los hechos en nuestro cerebro. El pacifismo, el bolcheviquismo no corresponden exactamente a la realidad universitaria. El yrigoyenismo, sí. La nueva Generación, por encima de todo, pertenece a su tiempo [...].<sup>22</sup>

Al afirmar que el yrigoyenismo imprime su carácter a la Reforma Universitaria, Martínez de la Torre intenta expurgar a este movimiento de cualquier filiación de izquierda y lo sitúa enteramente en la órbita del Partido Radical, donde encontraría su carácter irremisiblemente pequeño-burgués y reformista. No obstante, mientras en este artículo se caracterizaba a la Reforma como un movimiento ganado totalmente por el yrigoyenismo, aquel movimiento seguirá contando en sus filas a muchos hombres de la izquierda no comunista: socialistas, apriistas, anarquistas, marxistas independientes.

Si bien era cierto que una política pensada exclusivamente desde las aulas hacia el resto de la sociedad se mostraba en la Argentina de fines de la década del veinte cada día más inviable, las polémicas generadas en torno a la génesis y el futuro de la Reforma Universitaria muestran la vitalidad de un movimiento que, más allá de sus reales posibilidades, se resistía a desaparecer.

Llamativamente, meses después de que *Amauta* publicara el artículo de Martínez de la Torre –al que seguirá, en una clave similar, el famoso de Julio Mella, “¿Qué es el Arpa”–,<sup>23</sup> se unifican en la Argentina las agrupaciones de partidos reformistas de izquierda; de allí surgirá la nueva *Insurrexit*. Desdeñando lo que habían escrito en contra del espacio político universitario, los militantes del Partido Comunista volverán como a comienzos de los veinte (primer grupo *Insurrexit*) a dejar al descubierto el atractivo de la acción política dentro del espacio estudiantil.

La voluntad de algunos grupos reformistas argentinos de construir un partido propio chocará contra las duras solicitaciones de la política argentina. El golpe de 1930, entonces, vino a sepultar definitivamente las aspiraciones de creación de un tardío partido de jóvenes notables y disparó a los muchos de sus cuadros a la militancia dentro de las estructuras partidarias existentes. Para entonces resulta difícil imaginar a esos dirigentes estudiantiles, reconociéndose en aquellas palabras del *Ariel*:

Los jóvenes discípulos se separaron del maestro después de haber estrechado su mano con afecto filial. [...] Cuando el áspero contacto de la muchedumbre les devolvió a la realidad que les rodeaba, era la noche ya. Una cálida y serena noche de estío. La gracia y la quietud que ella derramaba de su urna de ébano sobre la tierra, triunfaban de la prosa flotante sobre las cosas dispuestas por manos de los hombres. Sólo estorbaba para el éxtasis la presencia de la multitud.<sup>24</sup>

<sup>22</sup> Ricardo Martínez de la Torre, “La Reforma Universitaria en la Argentina”, *Amauta*, No. 30, pp. 48- 52.

<sup>23</sup> Julio Antonio Mella, “La lucha revolucionaria contra el imperialismo. ¿Qué es el ARPA?”, *Amauta*, No. 31, junio-julio de 1930, pp. 41-48.

<sup>24</sup> Rodó, *op. cit.*, p. 55.